

Discursos medicinales compuestos por el licenciado Juan Méndez Nieto, que trata de las maravillosas curas y sucesos que Dios nuestro señor ha querido obrar por sus manos, en cincuenta años que ha cura, así en España, como en la isla Española y el reino de Tierra Firme.
En Cartagena de Indias, año de 1607. A gloria y honra de Dios Nuestro Señor y por aprovechar a sus prójimos.

El bachiller Juan Fernández, antes de que el Obispo Simancas se fuera a España, compró el provisorato [juez de causas eclesiásticas], queriendo brevemente desquitar los 4.000 pesos que por él había dado al Obispo, después de estar ya embarcado, hizo tantas exorbitancias, agravios y excesos que mereció hoy el nombre de Simón (de Simón Mago que quiso comprarle a San Pedro el don del espíritu santo; o lo que se conoce como simonía el comercio ilícito de las cosas espirituales) que hoy le dura. Le abrió causas el Santo Oficio. Juan Méndez nos relata así uno de sus paseos por la ciudad.

[El provisor Juan Fernández] cuando venía de la iglesia con todo el acompañamiento, que acostumbraba venir con toda su parentela y demás vecinos que para el efecto tenía alquilados y granjeados con falsos favores y esperanzas; que siempre, desde que aquí fue cura, tuvo barrenados los cascos y procuraba por todas las vías ser venerado [...] al tiempo que acabó de relatar el triunfo con que entró en esta ciudad de Cartagena, viniendo de visitar y asolar la tierra. Que estuvo un día entero desde las ocho horas la estancia de Lorenzo Martín, que está un cuarto de legua de ella, esperando a que el acompañamiento que sus parientes, por su mandado, le tenían muñido, lo fuese a recibir; y, viniendo con poco menos de 100 hombres de a caballo, y otros tantos peones, llegó en el caballo de

camino hasta el puente, y allí le tenían el hábito y vestido sacerdotal, con un sombrero llano como de cardenal, con cuatro borlas de seda de una libra cada una, que se puso encima del bonete; y le tenían una jaca blanca de Arjona, su pariente, alheñada cola y crines, y con una gualdrapa muy guarnecida y costosa; desta manera entró y anduvo por donde anda la de Corpus Christi, primero que entrase en su casa [...].

Del enigma y misterio de dejar el caballo y tomar la jaca blanca a entrar en la ciudad, algunos dudaron y deseando saber lo que significaba le preguntaron al su mayordomo o factor su primo Andrés Martín, el calcetero, y que guiaba la danza. Y respondió que había sido informado que los papas, cuando venían de fuera, entraban en Roma por antiguo privilegio en una jaca blanca, de dos de cada un año le da el reino de Nápoles en feudo y reconocimiento de propiedad y señorío que sobre él, la Iglesia tiene, y él por los humos y esperanzas que tenía del sumo pontificado, se quería ensayar con tiempo; y no fueron tan vanas sus esperanzas, ni tan leves sus redes, engaños y marañas, que no consiguiese parte de sus deseos y vanagloria, que al fin

vino a ser pontífice pero no sumo, que la porfía y el dinero todo lo vencen [página 431-432].